

Anita

□ Caro M. □



Capítulo 1

La hoja que había visto morir,
sí, esa,
volvía a ser verde.

Sus rodillas apretaron el barro. Puso una mano enguantada junto a la planta para acercarse a ella.

El lodo aún estaba tan húmedo por la lluvia de ayer que se tragó las yemas de los dedos.

Anita presionó su muñeca contra la tierra y se inclinó sobre la planta.

Todo todo renació tan rápido, sin ayuda, sin alboroto.

Con una sonrisa, movió la hoja.

Una sombra se extendió sobre ella hasta envolver su planta cuyas hojas parecían girar hacia la figura que se atrevía a perturbar a Anita.

Ella vino aquí a las 8 am para comunicarse con nadie más que con su huerto, pero la sombra se cernía sobre ella, emitiendo un pequeño sonido ronco para llamar su atención.

- ¡Hola! preguntó la silueta cuando Anita se resignó a darse la vuelta,

¿Necesitas una mano?

Aquí es súper lindo, me acabo de mudar y estoy descubriendo, no sabía que todavía existían los jardines compartidos, así que vine porque en la tienda del pueblo dicen que puedes dejarlo y es uno de los cositas que son buenas para el planeta y para eh...

Extendió los brazos, una desvencijada bolsa de plástico en la punta de la mano:

Naturaleza.

Anita aún no había dicho una palabra, estaba viendo a una abeja dudar entre posarse en un tulipán naranja e ir hacia las plantas que ella acababa

de regar.

- Soy Elio, ¿y tú?

El joven estaba en cuclillas junto a Anita, sus manos flotando sobre la tierra blanda para mantener el equilibrio sin ensuciarse.

"Ana, ani mejor", dijo Anita.

Una amplia sonrisa se dibujó en el rostro del joven que le preguntó qué segundo nombre tenía.

'No tengo, no', dijo Anita, hundiendo su mano en la bolsa de tierra para macetas.

Siempre es lo mismo.

- Muy bonito en cualquier caso, perfecto para la Rusia de hace un par de siglos. ¿Tienes una hermana gemela malvada llamada Karen-ina?

- No comprendo, ¿por qué ? Es muy lindo nombre Karen...

— No, no, Elio la interrumpió. Es triste ese nombre, la historia detrás... todo es gris, todo está muerto.

"Todo debe morir para que todo pueda volver a vivir"

Anita miró su planta, cuyas hojas temblorosas parecían asentir con ella.

Elio hizo un puchero, escudriñó el rostro de ella. Sus ojos oscuros estaban bordeados de marrón, sus mejillas manchadas con fragmentos de la tierra en la que se hundieron sus rodillas.

- ¡Ay, cuidado! Elio exclamó de repente, señalando una mancha marrón en el barro.

Todavía agachado, trató de dar un paso atrás y perdió el equilibrio,

desplomándose en la plaza donde Anita había planeado plantar sus calabacines.

Gritó, con los pies en el aire, luchó consigo mismo para levantarse sin tocar el suelo.

Con un suspiro, Anita se sentó y le tendió la mano.

- Vamos, no son arenas movedizas.-

- Disculpa, -susurró Elio- es que había una cucaracha o lo que sea, muy cerca de tu pie, eso... bueno, es asqueroso.

Anita miró a la cochinilla, que se estaba alejando, sin duda tan sorprendida como ella por el miedo del joven.

Ella se rió.

— Aquí no estás en tu cocina, es su casa, se pasean, hacen lo que les da la gana, visitan mis plantas, preparan la tierra para todo lo que le pongo. Mira.-

Con una mano, le mostró sus tulipanes, que se doblaban bajo las ráfagas de viento.

La abeja se había decidido por el tulipán y ahora reposaba allí entre dos pétalos, y sobre ellos zumbaban sus congéneres, unos más gordos, otros tan sonoros como el eco de la circunvalación que rodeaba el jardín.

La otra mano de Anita, enguantada y tan manchada de barro como los jeans de Elio, se posó en el hombro del joven y lo animó a agacharse para ver mejor las pocas mariquitas que trotaban sobre las hojas muertas y las flores silvestres.

Se encogió cuando un abejorro se acercó a él, pero los dedos de Anita se clavaron en su hombro y escuchó reír a la joven:

- Está buscando mis tomates, pero aún es un poco temprano. . .-

- Eso es. Somos los invitados aquí. Tu amigo el cochinillo probablemente se sintió atraído por tu bolsa de compost allí, además deberías tener un balde.-

-Ya lo he vuelto a poner en el coche, pero eso es lo que no aceptarán.-

Abrió las solapas de su bolsa de plástico para que Anita echara un vistazo. Frunció el ceño y metió la mano en él, moviéndose y buscando como si estuviera a punto de sacar la bola ganadora de la lotería.

- Las cáscaras de naranja, todo eso, es cierto que no se compostan, no entiendo muy bien por qué, a lo mejor tiene que ser orgánico, o no sé. Después, en mi opinión, todo lo que viene de la tierra puede volver a la tierra, así que si no te importa...-

- No, no, adelante-

- ¡Eso es lo que pienso yo también!- gritó ella.

Se llevó la mano a la boca ante la mirada atónita de Elio e hizo una mueca.

- Lo siento. Es que la parcela antes era de mi madre, ella es la que hizo lo que es... Así que, cada primavera, siento que la vuelvo a ver. Ella volviendo a la vida.-

Elio abrió la boca y luego la cerró. La imagen de sus padres ocupados en su jardín apareció en su cabeza, tan claramente como si estuvieran allí, en el huerto de Anita.

Siempre había conocido a su padre arrodillado en la tierra, recogiendo o plantando vegetales que Elio dejaba en la esquina de su plato.

Y su madre, una mujercita con vestidos del mismo estampado que las flores que inundaban el camino que conducía a su puerta.

Nunca estuvo tan orgullosa como al lado de sus rosas, incluso cuando Elio se graduó de la escuela secundaria.

Le entregó la bolsa de plástico a Anita, quien la puso junto a su pala y su bolsa de abono.

Eran viejos recuerdos. La última vez que visitó a sus padres, el jardín estaba cubierto de malas hierbas y su padre luchaba por levantarse de la silla para saludarlo.

Su madre ya no podía ver con suficiente claridad para darse cuenta de que sus rosas ya no se abrían. Ya nada zumbaba a su alrededor, y los pájaros no se habían detenido allí durante mucho tiempo.

- ¿Perdón?- preguntó frente a la mirada inquisitiva de Anita.

Ella sonrió y le agradeció nuevamente, iba a ser perfecto para su jardín, los iba a hacer felices.

'Puedo volver', susurró, 'si eso... si no te importa. Como muchos de ellos, me refiero a los cítricos. Si alguien puede usarlo. Tú, y luego toda tu tienda de mascotas...

Una mariposa revoloteó alrededor de Anita, acarició un mechón de su cabello antes de zambullirse y desaparecer en la hierba a sus pies. La joven sonríe.

- Claro.-

Los dedos ansiosos de Elio jugaron con sus jeans, y pedazos de barro seco salieron volando cuando se estiró para estrechar la mano de Anita.

Intercambiaron números de teléfono y él prometió volver el sábado siguiente.

Pasaría la mañana, se dijo mientras regresaba a su auto, una última mirada por el espejo retrovisor al jardín donde los niños estaban ocupados cerca de un hotel de insectos, le pediría consejo a Anita, escribiría lo más precioso, y luego por la tarde iría a ver a sus padres y cuidaría su propio jardín.